

## CAPÍTULO XI.

### DAMASCO.

**D**AMASCO no es para nosotros la ciudad de los poderosos califas, la de las centellantes y aceradas armas, la población intolerante sentada á la entrada del desierto, coronada de flores, regada por numerosos arroyos, y deliciosa morada enriquecida con las muchas carabanas salidas de Bagdad, de Alepo y de la Meca: es para todo cristiano, que recuerda la conversión de San Pablo, un lugar para siempre memorable, donde el implacable enemigo del cristianismo naciente se vió domado por una fuerza irresistible, rugió como un león, probando á resistir contra la mano de Dios, y acabó al fin por rendirse.

En el año de 1832 un jóven que servia de *ciceroni* á

Geramb, le enseñó piadosamente la ventana donde los cristianos, noticiosos de que los judíos querian matar á San Pablo, favorecieron su fuga á favor de las tinieblas de la noche.

El origen de Damasco es oscuro como todo lo relativo á los primeros siglos. ¿Fundó Abraham esta ciudad, ó bien un biznieto de Noe? No se sabe. Baste decir que es una de las primeras ciudades que edificaron los hombres. David y Jeroboan tomaron á Damasco y la abandonaron despues: el primero en memoria de su triunfo colgó en un santuario de Jerusalem las armas y carcases de oro de los guerreros vencidos. Theglath Phalasar rey de los asirios, fué á Damasco, la arruinó y se llevó al pueblo hasta Media. „Damasco, dice Isaías, dejará de ser ciudad: será con el tiempo un monton de piedras de una casa arruinada.” En la descripción de la Siria, Estrabon apenas mienta á Damasco. Hasta la llegada de los árabes, se parece la historia de esa ciudad á la de las otras poblaciones de Siria, sucesivamente conquistadas por los persas, griegos, romanos y emperadores de oriente.

Cuenta un autor el sitio y conquista de Damasco por los feroces soldados del Islamismo, cuyos pormenores son los siguientes: El árabe Caled, por sobrenombre *la espada de Dios*, y el griego Tomas, defensor de la ciudad, son los dos personajes que sobresalen en estos acontecimientos dramáticos: el primero es el héroe bárbaro de el Coran, el fanatismo armado para destruir una creencia rival: el segundo inspirado por un noble patriotismo



y por el amor del Evangelio, manifiesta sobre los muros de Damasco un valor decidido y un empeño sublime que lo hacen el Constantino de la capital de Siria. Called representa en su energía primitiva aquella religion nueva que iba á sujetar la mitad de la tierra: Thomas da cierta gloria al imperio cristiano de oriente que iba á desplomarse ignominiosamente delante del mahometismo. Duró el sitio, segun unos, setenta dias, y segun otros, mas de seis meses. Despues de una rigurosa pero inútil resistencia, capituló la poblacion. Las tres cuartas partes de los habitantes se sujetaron á un tributo y quedaron en la ciudad: el resto, á cuya cabeza estaba Thomas, quiso mas bien seguir el camino del destierro: soldados, sacerdotes, ciudadanos, mugeres y niños, todos los cristianos que se decidieron á retirarse formaron un campamento en una gran pedrería al poniente de Damasco, y se despidieron de los jardines, de sus valles, y de las encantadas riberas del Barrady con las lágrimas en los ojos, y el luto en el corazon.

No será por demas la narracion de la célebre batalla dada por los cruzados al pié de las murallas de Damasco. La ciudad estaba defendida por altas murallas de la parte del oriente y del mediodia, pero hácia el occidente y el norte no tenia por defensa mas que muchos jardines, arboledas llenas de empalizadas, y pequeños torreones en los cuales se podian colocar archeros. Los cruzados determinaron apoderarse de estos jardines ántes de principiar el sitio, mas la empresa no era fácil. Acometidos sin embargo los musulmanes con ardor extraordinario,

perdieron terreno. El rey de Jerusalem los perseguia con ardor, y sus soldados se precipitaban tras él contra las filas enemigas, comparándole con David que en otro tiempo, segun refiere Josefo, mató á un rey de Damasco. Al fin los musulmanes resistieron en las márgenes del rio que corre al pié de las murallas de la ciudad, y en vano probaron los guerreros de Balduino á arrollarlos de nuevo. En este trance el emperador de Alemania dió muestras de su valor con un hecho de armas digno de la primera cruzada. Acompañado de muy pocos de los suyos púsose á vanguardia de los cruzados; nada resistia su impetuoso ataque, y caian bajo sus golpes todos cuantos enemigos encontraba; cuando he aquí que un sarraceno de gigantesca estatura se adelanta y le reta. Acepta el emperador el desafio y se lanza contra el infiel. A vista de este combate singular, quedan inmóviles los dos ejércitos. Pocos momentos despues fué derribado el guerrero musulman, partido su cuerpo en dos mitades. Este prodigio de fuerza del emperador aumentó el ardor de los cristianos y aterró á los infieles, que huyeron desbandados.

Pero se presentaron inmensos obstáculos á la toma de la ciudad, porque el paso al traves de jardines espesos y cercados era muy difícil. El enemigo se apoderó de los desfiladeros y de todas las avenidas: las casas de campo estaban tomadas por los soldados musulmanes, y de todos los jardines partian flechas y otras armas arrojadas. Peligros de otra especie y otra clase de muerte amenazaban al ejército cristiano: habia practicado el



enemigo agujeros en las paredes á lo largo de las veredas estrechas, y sus lanzas así ocultas traspasaban á nuestros guerreros. Muchos cristianos murieron en estos pasos peligrosos, pero fueron echadas á tierra las paredes, y descubierto el enemigo, huyó ó murió. Después de un efímero triunfo, acamparon los cruzados á las mágenes del Barrady, parte en los jardines, y parte en una pradería.

Tomada esta posición no podía Damasco defenderse, porque la ciudad al poniente ofrecía poca resistencia, y era seguro el triunfo de los francos. Reinaba el espanto en la población: el libro del Corán del califa Otman espuesto á la vista en la gran mezquita, atraía á la multitud desolada que había puesto su última esperanza en la misericordia del cielo. Pero aun no debía llegar la desgracia de Damasco. Al poniente estaba descubierta la ciudad al ejército cruzado, y hubiera bastado el menor ataque para tomar la plaza: tenían además los sitiadores á su disposición las aguas del Barrady, los jardines llenos de frutas excelentes y ya maduras; al oriente había un espacio árido, sin árboles, sin agua y sin recursos: por este lado defendían á la ciudad gruesas murallas y torres elevadas, y aquí es adonde por una resolución inesperada, trasladaron los cruzados su campo.

Apénas acababan de situarse allí los cristianos, cuando recibió Damasco dentro de sus murallas veinte mil curdos y turcomanos que fueron á defenderla. Inútiles quedaron los asaltos de los latinos; y bien pronto no-

ticiosos de la próxima llegada de un nuevo refuerzo enemigo conducido por los príncipes de Alepo y de Mousoul, abandonaron la empresa.

Nada se encuentra en las antiguas crónicas que explique esta retirada del ejército cristiano, ni la traslación del campo que decidió la suerte de esta expedición. Las disputas de los príncipes latinos por la posesión de la ciudad que miraban como ya conquistada, son las únicas que pueden resolver el problema de semejante derrota. Debió quedarse pasmado el oriente con ella, porque el ejército que sitió á Damasco fué el mejor de todos los ejércitos cruzados de la edad media. „¡Qué agradable espectáculo era ver á este ejército! dice un testigo ocular: ¡qué bellas eran aquellas legiones cristianas, con tantas tiendas, todas nuevas, en que ondeaban al soplo del viento tantas banderas diferentes! Los musulmanes desde lo alto de los parapetos de Damasco temblaron al aspecto de ejército tan formidable, y esto era natural, porque sabían que iban á pelear con la flor de la nobleza de Francia.”

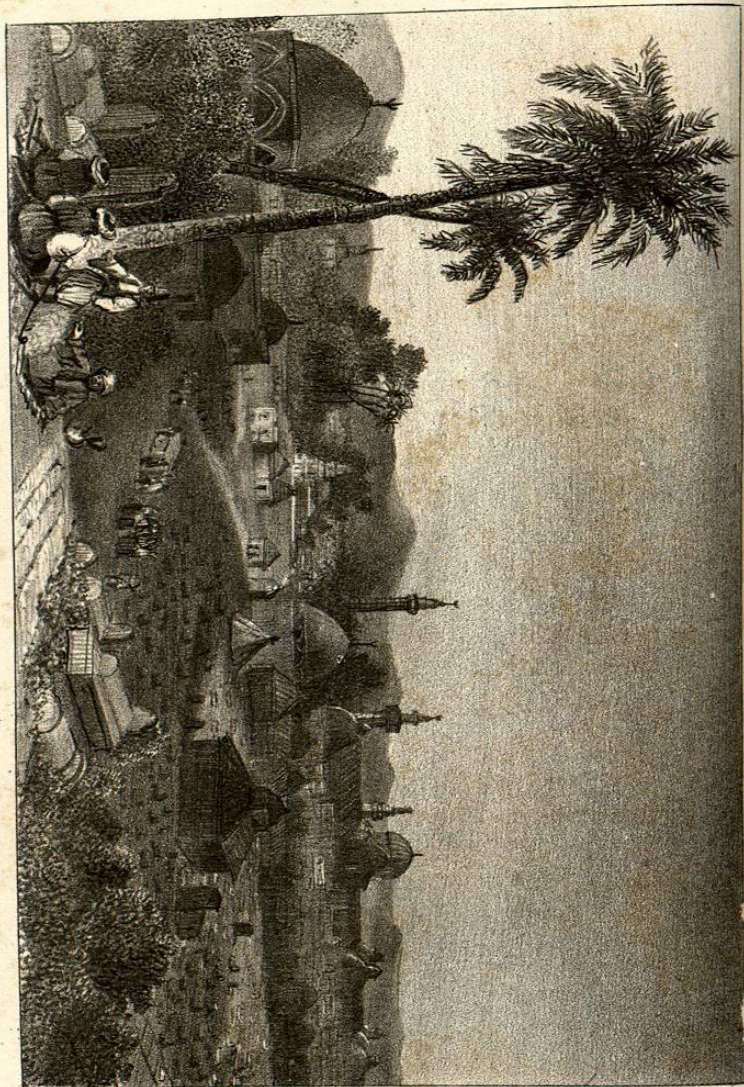
La ciudad de Damasco está situada á cuarenta y cinco leguas de Jerusalem, y la rodean varias colinas cubiertas de árboles. En sus cercanías se elevó la famosa ciudad de Palmira, cuyas ruinas admiramos hoy día.

*Alrededores de Damasco.*—Caminaba yo delante de la caravana, dice Lamartine, á distancia de pocos pasos detras de los árabes: de repente se detienen, y dan gritos de alegría, mostrándome una abra que está en el camino: me acerco, y mi vista al traves de la aber-



tura de la roca, se derrama en el mas magnífico y extraño horizonte que puede admirar un hombre: era Damasco y su desierto sin límites, lo que se presentaba á pocos centenares de pasos: lo primero que se ve es la ciudad rodeada de parapetos de mármol amarillo y negro, flanqueada de innumerables torres cuadradas de trecho en trecho, coronadas de almenas esculpidas, dominada por un bosque de minaretos de todas formas, surcadas por los siete brazos del rio, y por incontables arroyos: la ciudad se estiende hasta perderse de vista en un laberinto de jardines floridos, y echa sus brazos inmensos acá y allá en la vasta llanura, sombreada por todas partes, y por todas partes como comprimida por un bosque de diez leguas en contorno, de albaricoques, de sicómoros, y de árboles de todas formas y colores: á veces parecia perderse la ciudad bajo la bóveda de las arboledas, y luego volvía á aparecer adelante en largas series de casas, arrabales, aldeas; es un laberinto de jardines, de verjéles, de palacios y de arroyos, en que se extravian los ojos, y no se dejaria este encanto sino para fijarse en otro nuevo: nosotros no andábamos, por ser tan estrecho el camino, y nos contentábamos con contemplar ya en silencio ya con exclamaciones, el magnífico espectáculo que se desenvolvía tan de pronto y todo entero á nuestros ojos, ya en el término de un camino sembrado de tantas rocas, y lleno de secas soledades, y al principio de otro desierto que llega hasta Bagdad y Basora, y en cuya travesía se gastan cuarenta dias: finalmente, empezamos á caminar, y las rocas que nos ocultaban la llanura y la ciudad, poco





Vista de la ciudad de Damasco

á poco nos dejaron ver todo el horizonte: estábamos á quinientos pasos de los muros de los arrabales: estos muros rodeados de encantadoras casas de campo de la arquitectura y formas mas orientales, brillan como un recinto de oro al rededor de Damasco. Las torres cuadradas que los flanquean y dominan están llenas de arabescos, con ogivas de columnitas delgadas como carrizos reunidos, y sostienen almeras en figura de turbantes: las murallas están revestidas de piedras ó mármoles amarillos y negros alternando con elegante simetría; las cimas de los cipreses y de otros árboles grandes que se elevan en los jardines y en lo interior de la ciudad, se lanzan sobre las murallas y torres, y las coronan de un verde sombrío: las innumerables cúpulas de las mezquitas y palacios de una ciudad de cuatrocientas mil almas reflejan los rayos del sol en su ocaso, y las aguas azules y brillantes de los siete rios centellean y desaparecen alternativamente al traves de las calles y jardines: el horizonte que se veia detrás de la ciudad, era como un mar sin límites, y se confundia con las orillas rojas de un cielo de fuego á quien inflamaba aun la reverberacion de las arenas del gran desierto: á la derecha, las anchas y altas cimas del Anti-Líbano hacian como inmensas olas de sombras unas detrás de otras, ya avanzándose como promontorios en la llanura, ya abriéndose como golfos profundos en que los llanos se perdian con sus bosques y grandes aldeas, alguna de las cuales tiene treinta mil habitantes: los brazos del rio y dos lagos grandes brillaban allí en la oscuridad del tinte general de verdura, donde parece que se



puer de Damasco: á la izquierda está mas descubierta la llanura, y hasta las doce ó quince leguas es donde se encuentran cimas de montañas blancas como la nieve, que brillan en el azul del cielo como nubes sobre el oceano: está la ciudad enteramente rodeada de verjeles, de árboles frutales donde se enlazan las viñas como en Nápoles, y se estienden formando guirnaldas entre las higueras, los albericoques, los perales y los cerezos: bajo de estos árboles la tierra fértil y siempre regada está cubierta de cebada, trigo, maiz y plantas leguminosas: acá y allá se ven casitas blancas entre lo verde de estos bosques, y sirven de morada al jardinero ó de recreo á la familia del propietario: estos jardines están poblados de caballos, de corderos, camellos y tórtolas, y de todo lo que anima las escenas de la naturaleza: por lo comun son de una ó dos anegas de siembra: muchos caminos sombreados, á cuyas orillas corren caños de agua que circulan en los jardines, pasando de un arrabal á otro: todos estos objetos forman un círculo de veinte á treinta leguas alrededor de Damasco.

Detengámonos un instante, dice otro viagero, en el lugar en que San Pablo, ántes perseguidor de la Iglesia, se sintió herido de una luz celestial y oyó una voz que desde lo alto le decia: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Este sitio está á media milla de la ciudad, del lado de la puerta de San Pablo, ó puerta oriental, á corta distancia del cimiterio de los cristianos: cerca de allí se ve un macizo de albañilería que tal vez pertenecia á alguna capilla en memoria de la conversion del Apóstol. Este hombre

á quien quiso escoger el Señor como instrumento para llevar su nombre á los gentiles, á los reyes y á los hebreos, fué conducido á Damasco milagrosamente á una calle llamada *la calle Derecha*, que los fieles enseñan todavía. Ananías, cuya casa subterránea he visitado, fué á encontrar á Pablo para darle la vista y hacerlo cristiano. Cayó de sus ojos una cosa como escama y recobró la vista, se bautizó, y el hombre de Tarso que iba á Damasco para cargar de cadenas á los confesores de la Cruz, de repente se volvió Apóstol intrépido; predicó en las sinagogas, y confundió á los doctores de la antigua ley. No pudiendo resistir los judíos al nuevo Apóstol con las armas de la palabra, resolvieron perderlo; y este, advertido del peligro, no halló otro arbitrio que la fuga. A la sombra de la noche lo descolgaron sus discípulos en una canasta desde el muro; los griegos católicos me han enseñado cerca de una puerta al poniente de la ciudad, el lugar por donde llegó á escaparse San Pablo.

El lugar consagrado con el recuerdo de la conversion de este Apóstol, hace parte de un gran terreno, plano, inculto y sin árboles. Allí es donde acostumbra reunirse la caravana de la Meca cada año ántes de partir á las órdenes del Pachá.

Este concurso de gente duplica el comercio de Damasco. ¡Qué espectáculo tan curioso es la salida de una caravana! Veinte, treinta, y á veces hasta cuarenta mil peregrinos, adoradores del coran, montados en mulas, caballos ó camellos, que llevan en el cuello campanillas, se ponen en camino, reunidos y escoltados con la bandera ver-



de del profeta, por el Emir y su tropa, todos abastecidos de abundantes provisiones, de esteras, tapices ó tiendas, vasos de madera, ó sacos de cuero para el agua, de utensilios de hierro ó de estaño para preparar el arroz y el néctar consolador. Contentos y llenos de esperanza, empiezan á buscar con ojos devotamente deseosos, el horizonte lejano, donde la mano de los ángeles, segun creen, colocó el templo de la Meca. Ved á los peregrinos que se engolfan en la inmensidad del desierto: no tienen que temer á las tribus enemigas, porque el Emir les sirve de escudo, y ademas tiene este comprada de antemano la libertad de pasar por la soledad; pero ¿quién defenderia á la caravana del terrible *simoum* (viento ardiente del desierto) que les aguarda en aquellas soledades largas y melancólicas? ¿quién la libertará de la sed que deseca y mata, de las mortales enfermedades originadas de toda clase de privaciones, del exceso de la fatiga y de un sol abrasador? Este camino es fatal para muchos peregrinos; nunca llegan completos los camellos y mulas que salen para Meca. ¡Cuántos hombres va á devorar el desierto! ¡cuántos cadáveres quedarán abandonados á las bestias y á las aves! Cada año, cuando atraviesa el desierto la caravana, deja bastantes osamentas allí antes de llegar al tabernáculo de la Kaaba: ¿no es esto una imágen de la gran caravana del género humano condenada á pasar por el triste viage de la vida ántes de llegar á la morada brillante en que Dios reside, y ántes de gozar del reposo sublime de la gloria?

Bastará esta leve indicacion general respecto de la caravana que partiendo de Damasco va á la Meca: cuando

se hable del Cairo, se describirán los pormenores curiosísimos del viage de los musulmanes, y del templo de aquella ciudad, así como del ceremonial religioso que allí se observa.

Por lo que respecta al interior de Damasco, dice un anónimo lo siguiente:

Las calles de la ciudad, excepto las que rodean el serallo, son en general muy estrechas y tanto mas sucias cuanto están mal empedradas ó no lo están en gran parte; aquella en que habitan los franciscanos es enteramente intransitable. Todo el exterior anuncia en las casas pobreza y miseria; no se ven ventanas en la parte de afuera, pero no bien se ha entrado en ellas, atravesando un oscuro corredor, cuando nos hallamos transportados como por encanto á un nuevo mundo. Vemos un magnífico patio enlosado con mármol blanco, y cercado con jazmines de la Arabia, naranjos, limones y granados. A entrambos lados están los cuartos y los salones destinados para recibir á los forasteros. La escultura, el dorado, los espejos, los muebles suntuosos, las raras porcelanas, las almohadas y los tapices, nos dan muestra de lo que los progresos de las artes pueden alcanzar á hacer cuando se hermanan con el lujo mas elegante y rico. En muchas casas, ademas de estos aposentos, tienen jardines abundantes en legumbres y en árboles que dan delicioso fruto. El castillo es una fortaleza que por su estension presenta el aspecto de una segunda ciudad. Pero los edificios mas notables son las mezquitas, en número de doscientas, entre ellas algunas bellísimas. Des-



graciado del profano que se acercase á ellas, y más aún del que se atreviese á entrar, porque espiaría con su muerte el atentado.

*Bazares.*--Las plazas de mercado de Oriente, ó los bazares tienen todos una forma y disposición semejante con la sola diferencia de tamaños y riquezas. Lamartine hace la siguiente descripción del gran bazar de Damasco. Tiene este como media legua de largo. Los bazares consisten en calles largas cubiertas con armaduras ó maderajes muy altos, llenas de tiendas, puestecillos, almacenes y cafés: estos cajones son estrechos y de poco fondo: está el negociante sentado sobre sus talones delante de su tienda, con la pipa en la boca. Llenos están los almacenes de mercaderías de toda especie, y mayormente de estofas de la India que llegan á Damasco, conducidas por la caravana de Bagdad. Los barberos convidan á los que pasan, para cortarles el cabello, y sus barberías están siempre llenas de gente. Una multitud tan numerosa como la de las galerías del palacio real de Francia, circula en el bazar todo el día; pero este gentío ofrece un espectáculo mucho más pintoresco. Allí andan los Agás vestidos de largos ropones de seda carmesí forrados de pieles de martas, con sables y puñales guarnecidos de diamantes, colgados de la cintura. Cinco ó seis cortesanos criados ó esclavos van por detras silenciosamente llevándoles sus pipas: una parte del día están sentados en los almohadones que hay fuera de los cafés: estos están situados á la orilla de los arroyos que atraviesan la ciudad: bellos árboles de plátano dan sombra al diván ó estrado; allí fuman y plati-

can con sus amigos; para los habitantes de Damasco, este es el único modo con que se comunican unos con otros fuera de la mezquita. Allí se preparan casi en silencio las frecuentes revoluciones que ensangrientan la capital. Mucho tiempo está fermentando el alzamiento, y estalla cuando ménos se espera: corre el pueblo á las armas á favor de cualquiera partido, mandado por un Agá, y queda el gobierno en manos del vencedor: se ajusticia á los vencidos ó se huyen á los desiertos de Balbec ó de Palmira, donde les dan asilo las tribus independientes. Los oficiales y soldados del Pachá de Egipto casi vestidos á la europea transitan arrastrando sus sables sobre las banquetas del bazar: á muchos encontramos allí que se nos acercaron hablando en italiano: están de guarnición en Damasco, el pueblo los ve con horror, y cada noche se teme una revolución. Los manda un general de los más inteligentes de Mehemet-Alí; se ha formado un campamento de diez mil hombres fuera de la ciudad á la orilla del río.

Los árabes del gran desierto y los de Palmira abundan en esta ciudad, y se pasean en el bazar. No tienen más vestido que una ancha cobertura de lana blanca con que se cubren como las estatuas antiguas: su color es tostado, su barba negra y feroces sus ojos. Forman grupos delante de las tiendas de tabaco, de las sillerías y armerías. Sus caballos siempre están ensillados, enfrenados y maniatados en las calles y plazas. Desprecian á los egipcios y á los turcos; pero en caso de revolución, marcharán contra las tropas de Ibrahim,



quien no ha podido alejarlos mas que á una jornada de Damasco, habiéndolos perseguido en persona con su artillería cuando pasó por esta ciudad.

Cada especie de comercio y de industria tiene en los bazares su departamento señalado. Allí se venden las armas cuyas tiendas están léjos de ofrecerlas tan magníficas y afamadas como en otro tiempo. Las admirables fábricas de sables de Damasco, si existieron alguna vez, están del todo olvidadas, pues solo se fabrican hoy sables de temple comun, y así es que en vano he buscado un sable y un puñal del antiguo temple. La hoja del que me regalaron costó algo mas de trescientos pesos al Pachá, y los turcos y árabes que estiman estas hojas mas que los diamantes, darian cualquiera cosa por una de ellas; les brillaban los ojos de entusiasmo y de veneracion cuando veian la mia, y se la llevaban á la frente como si la adoraran.

Ni arte ni gusto tienen los joyeros en la colocacion de sus piedras preciosas y de sus perlas, pero sí tienen grandes colecciones de ellas. Todas las riquezas de oriente son moviliarias y portátiles: allí abundan los plateros, los que no presentan al público sino pocas cosas, y todo lo tienen guardado en cajitas.

Los artesanos mas numerosos é ingeniosos de esos bazares son los silleros: en Europa nadie iguala el gusto, la gracia y la riqueza de los arneses de lujo, que ellos inventan para los caballos de los gefes árabes, ó de los agás del pais. Revisten las sillas con terciopelo y seda recamada de oro y perlas. Las colleras de taflete

encarnado que caen en franjas sobre el pecho del caballo, tambien están adornadas de bellotas de plata ó de oro, y cargadas de perlas. Las bridas corrientes, infinitamente mas elegantes que las nuestras, son asimismo de taflete de varios colores, y adornadas de bellotas de seda de oro; pero relativamente son baratos estos objetos, pues yo he comprado en diez pesos dos bridas magníficas.

Lo que presenta mas orden, elegancia, limpieza y atractivo son los vendedores de comestibles. Delante de sus tiendas hay multitud de canastos llenos de legumbres, de frutas secas, y de semillas leguminosas cuyos nombres ignoro, que tienen figuras y colores admirables, brillantes como pequeñas guijas en el agua: delante de las puertas se presentan galletas de pan de todas clases, muy variadas y destinadas para las diversas horas del dia, y son de un sabor exquisito, de modo que en ninguna parte he visto mejor pan que en Damasco, y eso muy barato. Hay allí tambien varias fondas para los negociantes y concurrentes: no se hallan en ellas ni mesas ni cubiertos: venden allí raciones de cabrito chicas como nueces y asadas al horno: el comprador las lleva sobre una torta de pan y se las come con los dedos; y como en aquel lugar hay muchas fuentes, de ellas toman los árabes su única bebida: un hombre puede mantenerse con diez sueldos (un real mexicano) diarios, y un pobre con la mitad. Recorriendo el bazar, llegué al lugar de los fabricantes de cajones y cofres, que por lo comun son de cedro pintados de encarnado, de los que algunos tienen relieves admirables con hermosos arabescos. El



olor del cedro junto con mil perfumes que de todas partes se exhalan, embalsaman el bazar, lo que me recuerda la impresion que sentí cuando estuve en Florencia donde los maderajes de cipres llenan las calles de un olor semejante.

Para divertir mi tristeza, al despedirme de Damasco, dice un viajero, llamé en mi auxilio la poesía árabe, y así creí hallarme todavía en medio del paraíso que dejaba al escuchar á la musa de Siria, que celebraba los encantos de esta ciudad: „Es Damasco como una estrella ó un diamante que brilla en la frente del universo; Damasco es el término de todo viajero. El placer y la alegría escogieron para su morada á esta ciudad: en ella hay palacios, rios, jardines y remansos de aguas: aquí se maduran frutas de todos colores; aquí hay rostros de la más completa hermosura. Damasco es el más delicioso de los cuatro paraísos terrestres. Aquí se le dice al viajero: seas bien venido; aquí la noche es tranquila, y tranquilo el sueño del mediodía. En ningún país de la tierra se ven moradas y lugares más deliciosos. Vuelve los ojos adonde quieras, y hallarás por todas partes en Damasco aguas corrientes y sombras. ¡Feliz el hombre cuyos días se deslizan al soplo de la brisa embalsamada! Su bebida es buena en la mañana y en la noche, y no se sienten pesadumbres al nacer ni al ponerse el sol. Damasco es la tierra de las celestiales doncellas, de las perlas y de las arenas de oro. Yo les digo á los habitantes del valle de Hamy: ¡Qué envidiable es vuestra suerte, ó vosotros que habitais en

unos jardines como los de la eternidad! Tenemos sed, dadnos un poco de agua, vosotros que vivís en la fuente.”

